Is 1,10-17 • Sl 49 • **Mt 10,34–11,1**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz; no he venido a sembrar paz, sino espadas. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa.
El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no coge su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará. El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos, sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro.»
Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

La opción por el Reino no es un pasaporte a la tranquilidad.

¡Qué difícil se nos hace no negociar con la mediocridad cuando por medio está en juego el cariño, el respaldo emocional de quienes dicen querernos y a quienes queremos!

Todos, en mayor o en menor medida conocemos los costos de una vida coherente. Y nos duele mucho cuando la incomprensión llega desde quienes están a nuestro lado. Las experiencias personales e institucionales al respecto sobreabundan ya que la debilidad, propia y ajena, asoma por todos los rincones.

Is 7,1-9 • Sl 47 • **Mt 11,20-24**

En aquel tiempo, se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho casi todos sus milagros, porque no se habían convertido: «¡Ay de ti, Corozaín, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza. Os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al infierno. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Os digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que a ti.»

El Evangelio nos invita a ser responsables ante los dones del Señor. Repasar con la mente y el corazón su presencia es una manera de afianzar nuestras opciones de vida.
Esta mirada personalizada puede proyectarse en nuestra institución. Repasar el nacimiento y desarrollo del carisma Hospitalario es contemplar el paso de Dios hecho corazón misericordioso junto a la persona enferma.
¿No está la Hospitalidad sembrada de las maravillas de Dios? Sin embargo no terminamos por creernos que, de verdad, somos fruto del amor de Dios y en Él podemos y debemos seguir soñando el futuro.

Is 10,5-7.13-16 • Sl 93 • **Mt 11,25-27**

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

Los altos niveles de profesionalización exigidos para un desarrollo de calidad de los servicios que prestamos, ¿nos alejan del perfil de la *"gente sencilla"* del evangelio, nos vuelven prepotentes y ciegos?
La sabiduría de la sencillez puede darse tanto en el gran intelectual y profesional como en la persona que no ha podido formarse pero que acrisola una profunda conciencia crítica ante la vida. Ambos son los *"pequeños"* de los que nos habla hoy el Evangelio.
Abrirse a la Palabra exige apertura y capacidad para cuestionar nuestras propias certezas, cualquiera sea nuestro perfil académico-profesional.

Is 26,7-9.12.16-19 • Sl 101 • **Mt 11,28-30**

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

La vorágine del hacer, dando a cada actuación las notas de calidad que nos exigimos o que nos exigen, se ha impuesto en nuestras vidas.
¿Qué significa ir a Jesús con nuestros cansancios y nuestras sobrecargas? Ante la prepotencia de "poder con todo", Jesús nos invita a sosegar nuestro ímpetu, a optar por una vida serena, conociendo nuestras limitaciones y debilidades y obrando en consecuencia.
Ello no significa ignorar las exigencias de la vida, sino asumirlas desde una actitud de sosiego y realismo. Estamos ante una demanda evangélica de gran actualidad.

Is 38,1-6.21-22.7-8 • Sl: Is 38,10-12.16 • **Mt 12,1-8**

Un sábado de aquéllos, Jesús atravesaba un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes presentados, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes. ¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa "quiero misericordia y no sacrificio", no condenaríais a los que no tienen culpa. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado.»

Frente a un pueblo atado a innumerables normas Jesús antepone la misericordia, como criterio básico de comportamiento.
Debemos admitir que vivimos una cultura marcada por la competitividad, el individualismo, el juicio rápido y temerario sobre todo y sobre todos.
Necesitamos optar decididamente por ser más bondadosos. Ello no nos quitará objetividad. ¡Todo lo contrario!
Cualificar nuestras relaciones interpersonales pasa por cultivar actitudes de comprensión, por saber callar ante lo que no comprendemos, por tener cautela en la emisión de una opinión, por comprender las circunstancias, asumiendo las debilidades propias y ajenas.

Mi 2,1-5 • Sl 9 • **Mt 12,14-21**

En aquel tiempo, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos le siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran. Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías: «Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, mi predilecto. Sobre él he puesto mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará, hasta implantar el derecho; en su nombre esperarán las naciones.»

Hacer el bien implica correr riesgos, ponerse en evidencia, ser blanco de la crítica de quienes no nos estiman o no comprenden nuestro modo de ver y obrar.
Jesús nos muestra el camino de una fidelidad sin estridencias.
"Los curó a todos, mandándoles que no le descubrieran."
Esta actitud se opone a toda forma de exhibicionismo. Implica mucho valor y capacidad de adaptación ante la adversidad sin claudicar ni bajar los brazos ante la crítica o la incomprensión.
¡Cuánto bien realizan esas personas que, desde una callada coherencia, construyen día a día la Hospitalidad!

Sv 12,13.16-19 • Sl 85 • Rm 8,26-27 • **Mt 13,24-43**

En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?" Él les dijo: "Un enemigo lo ha hecho." Los criados le preguntaron: "¿Quieres que vayamos a arrancarla?" Pero él les respondió: "No, que, al arrancar la cizaña, podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la siega, diré a los segadores: 'Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.'"» (...)
Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas, anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo.» Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Acláranos la parábola de la cizaña en el campo.» Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será al fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.»]

Frase:
"Dejadlo crecer juntos hasta la siega".

Meditación:
Nuestras biografías se construyen desde procesos que no son lineales. En todos los aspectos de la vida, lo biológico, psicológico, social y espiritual, vamos haciendo caminos marcados por subidas, bajadas, avances y retrocesos.
De ahí que, hasta el fin de nuestros días, estamos llamados a retomar nuestros proyectos, darles nuevo impulso, corregir errores, afianzar los logros.
El Evangelio nos recuerda que Dios es paciente. Nos espera. Tolera nuestras cizañas y bendice nuestro trigo. Al final, sólo al final, separará el trigo de la paja.

Oración:
Señor, gracias por tu paciencia y tu ternura. Gracias por esperar mis respuestas. Quiero reconocer y potenciar el trigo en mi vida. Ayúdame a que las cizañas no me ahoguen.

Acción:
Identifico el "trigo" y la "cizaña" en mi vida. Agradezco la paciencia de Dios hacia mi persona y pido la misma actitud hacia mis hermanos.